



## Escuela de Dominatrices 2

Desde que entré a formar parte del elenco de esclavos de la escuela he descubierto muchas cosas nuevas y, sobre todo, he comprendido varias cosas sobre mí mismo. Me he dado cuenta, por ejemplo, de que soy más sumiso que masoquista y eso es algo que yo ni siquiera intuía. De hecho, en todas mis fantasías y en la poca experiencia previa que tenía, el dolor era un elemento clave. Me encantaba imaginarme a mí mismo siendo duramente azotado, castigado de todas las formas posibles, deseoso de recibir siempre un golpe más. En cambio, ahora que esas fantasías se han convertido ya en realidad me doy cuenta de lo duro que resulta ser el receptor de tanto sadismo.

Recibir azotes puede ser estimulante al principio, pero acaba por resultar insoportable, especialmente cuando los golpes no se ven acompañados por ningún tipo de erotismo. Supongo que los esclavos que pertenecen a una dueña pueden aguantar mejor los castigos porque saben la satisfacción que a ella le están brindando, son conscientes de que hay entre ellos un vínculo muy fuerte y esperan, seguramente, recibir un premio si se muestran dóciles bajo la fusta.

En mi caso, sin embargo, no hay nada que acompañe a los golpes. Las mujeres que vienen a la escuela lo hacen básicamente para aprender técnicas. Lo que quieren es saber manejar el látigo de la forma correcta, agarrar bien la pala o colocar las pinzas en los lugares más estratégicos. No les importa para nada el pedazo de carne humana, en este caso yo, que les sirve de banco de pruebas. Para ellos no soy nada, simplemente me usan para mejorar sus técnicas y después se olvidan de mí.

No pensaba que pudiera llegar a ser tan duro pero, por otro lado, creo que mi forma de ser me hubiera llevado tarde o temprano a esta misma conclusión de que, para mí, la sumisión está antes que el masoquismo. Me encanta que me humillen, por ejemplo, que me den órdenes o que me traten de

forma degradante. De eso se encargan las responsables de la escuela, que son fundamentalmente Lady Úrsula y su ayudante, la cruel pelirroja Lorena, con la colaboración de otras damas que vienen en alguna ocasión para dar charlas o clases concretas.

Durante las semanas que llevo en esta situación, sin embargo, ha habido notables excepciones. En una ocasión, vinieron dos gemelas morenas, que estarían sobre la treintena. Eran preciosas a pesar de estar un poco rellenitas o lo eran tal vez por eso, quién sabe, el caso es que las dos resultaban un regalo para la vista.

Yo me temí lo peor cuando me escogieron a mí en lugar de a cualquier otro de los perros que en ese momento, enjaulados, esperábamos ser utilizados. Pensé que cuatro manos castigándome a la vez podían convertirse en una experiencia demasiado dura, pero no fue así. Lo único que me hicieron que me provocó cierto dolor fue atarme los testículos de una forma bastante curiosa –se notaba que dominaban las técnicas de un buen bondage- y darme algunos ligeros azotes que me resultaron más excitantes que dañinos.

Por lo demás, la sesión con ellas fue la más agradable que recuerdo. Me esposaron las manos a la espalda y me obligaron a pintarles las uñas de los pies a ambas mientras ellas se burlaban de mí. Al tener las manos atadas, tenía que hacerlo con la boca, cosa que no resultaba nada fácil, puesto que tenía que amarrar bien con los dientes el pequeño pincel, ir mojándolo de esmalte y pasándolo después por sus uñas.

En total, tuve que pintar veinte uñas con un bote de esmalte de un rojo tan oscuro como las perversiones que ambas chicas parecían tener. Yo apenas podía contener mi excitación, oportunamente castigada por el bondage genital, y sólo deseaba que me permitieran deshacerme del pincel y adorar sus pies con mi lengua y mis labios.

Nunca antes de aquel día me había considerado especialmente fetichista de esa parte de la anatomía femenina. Sé que hay muchas personas que, de hecho, han llegado a la sumisión precisamente porque tenían esa fijación con los pies de la mujer, pero ése no es mi caso. Podría decirse que l mío es más bien el contrario: a través de la sumisión, descubrí mi pasión por los pies. Y esa noche fue, sin duda, el gran espaldarazo a esta nueva pasión.

Las dos chicas tenían los pies grandes y suaves, cubiertos por una piel delicadísima y adornados con unos dedos regordetes que anhelaba poder chupar uno por uno. Mi vista se perdía también un poco más arriba, a través de unas piernas morenas, bien tostadas por el sol, en las que los quilos de más que alguno pudiera considerar que tenían aquellas dos chicas se repartían de una forma absolutamente perfecta, creando unas curvas y unas redondeces que hacían que mi pene se levantara y luchara por arrastrar tras de sí mis comprimidos huevos.

Ellas advirtieron mi deseo y se divertieron muchísimo negándomelo.

-Sólo queremos que nos pintes las uñas. Como se te ocurra rozarnos con tu sucia lengua de perro, te la arrancaremos.

Yo no osé propasarme. Por mucho que lo deseara. Sabía cuál era mi sitio y me gustaba que fuera ése. Supongo que es difícil de entender porque, realmente, ni siquiera yo lo entiendo. Pero es así. Además, aquélla estaba siendo una sesión verdaderamente plácida. ¿Para qué arriesgarme a acabar siendo víctima de la ira de las gemelas?

Cuando ellas se fueron y Lorena me metió de nuevo en la jaula, reflexioné bastante sobre lo ocurrido. Aquella noche ya no se me requirió para ningún otro servicio, así que pude darle bastantes vueltas a la cuestión. No entendía muy bien por qué aquellas dos mujeres habían venido a la escuela. El bondage que me habían hecho –y que pidieron que se me dejara puesto si no se me debía entregar a ninguna otra dominatriz aquella velada- demostraba que no eran ningún par de novatas. Por otro lado, no parecía que estuvieran probando conmigo nada especial. Todo aquello me resultó bastante extraño, así que traté de extraer mis propias conclusiones y elaborar mi propia teoría.

Pensé que, seguramente, aquella peculiar institución sirviera de algo más que de escuela. Era como si, además, fuera una especie de prostíbulo sado en el que se cedía a los perros que allí estábamos ingresados para servir a las damas que lo deseasen. Eso explicaría una sesión tan curiosa. Tal vez aquellas deliciosas gemelas fuesen antiguas alumnas de la escuela, o quizás clientas que quisieran satisfacer sus deseos, o simplemente amigas de Lady Úrsula. Las posibilidades eran casi infinitas y me lo pasé bien estudiándolas en el silencio oscuro de la perrera... a pesar del dolor que me producían las

ataduras que llevaba en los testículos cada vez que mi miembro, recordando lo vivido, reaccionaba de forma contundente.

Pero lamentablemente para mí, casos como el de las gemelas no eran lo más habitual. Lo más frecuente era caer en manos de sádicas aprendices de dómina que no tenían ningún otro interés que el de arrancarme alaridos de dolor. En otras ocasiones, Lady Úrsula me utilizaba para explicaciones ante alguna de sus alumnas o ante grupos de éstas. Entonces era ella misma la que me castigaba e invitaba posteriormente a sus discípulas a repetir los ejercicios para asegurarse de que los hubieran aprendido de forma correcta.

Esto resultaba especialmente duro, puesto que mi cuerpo sufría repeticiones interminables de un mismo castigo que, además, no siempre se aplicaba de forma correcta. Al terminar este tipo de sesiones apenas podía vestirme, puesto que el roce de la ropa contra mi piel castigada era en sí mismo un cruel tormento que parecía divertirse alargando mi agonía. Pero Lady Úrsula era inflexible. No le importaba que necesitara más tiempo para recuperarme. Cuando cerraba la escuela, todos los perros debíamos irnos a la calle. Sin excepciones.

Pero tal vez era precisamente este desdén con el que nos trataba lo que más me gustaba a mí. Otra afirmación de difícil comprensión, lo sé, pero tan cierta como cualquier otra de las que he hecho anteriormente. Su forma de no tenerme en cuenta era para mí su forma de rebajarme, su negativa a ser mi dueña era mi cadena más fuerte. A pesar de todo, no podía evitar sentir gran envidia por los dos esclavos que de verdad eran de su propiedad. Imaginaba que se pasarían todo el día en su casa, encargándose de las tareas domésticas, aguardando ansiosos, desnudos y de rodillas tras la puerta, la llegada de su señora. Tendrían el privilegio de servirla, de lamer sus pies, de darle la cena, de ser su reposapiés... podrían hacer todo lo que para mí daba sentido a una relación de dominación. El precio sería recibir sus castigos más perversos, pero por lo menos lo pagarían contentos, sabiendo qué iban a recibir a cambio. En cambio, a mí sólo me estaba reservado el lado más oscuro del sadomaso.

Solamente la señora Lorena, de vez en cuando, nos daba el trato humillante que a mí tanto me gustaba. Era ella la que nos ordenaba en ocasiones realizar tareas de limpieza de la escuela, trabajos que ella misma

supervisaba fusta en mano repartiendo algún que otro golpe cuando alguna cosa no se hacía a su entera satisfacción. Esos momentos eran para mí de los mejores. Y lo eran más todavía para pedro, otro de los perros de la escuela. Al parecer, Lorena sentía por él una innegable predilección y de vez en cuando le usaba para su propio placer, que consistía básicamente en hacerle lamer sus pies o darle masajes por todo el cuerpo, actividades que naturalmente nunca ocurrían ante la vista de los demás esclavos pero de cuya existencia todos estábamos más que al corriente.

En cualquier caso, a pesar de no ser exactamente lo que yo quería, la escuela se convirtió para mí en algo irrenunciable. Era mejor aquello que estar de nuevo en la calle en busca de ama. Ahí recibía severos castigos pero, a cambio, mi sumisión encontraba vías de escape que no encontraría en ningún otro sitio. Y secretamente esperaba que algún día, apreciando mis esfuerzos, Lady Úrsula me convirtiera en otro de sus esclavos personales. Pero eso era sólo un sueño y, como tal, parecía casi inalcanzable.

Así pues, debía concentrarme en disfrutar del modo que pudiera de lo que estaba viviendo, dejando de un lado mis fantasías y tratando de encontrar mi propia satisfacción en medio de la lluvia de azotes que cada noche que pasaba en la escuela –tres a la semana- caía sobre mi cuerpo.

Hace tan sólo unos días tuve la ocasión de pasarlo bien gracias, precisamente, a lo mal que lo pasé. La primera situación comprometida la viví una noche en la que Lady Úrsula daba clase pública a un grupo de aprendices. Ella hablaba sobre el sexo anal con un sumiso. Cuando tocaba ese tema solía echar mano de javier, uno de los esclavos más veteranos de la casa y al que, según parecía, había dilatado a placer. Sin embargo, esa noche javier estaba atendiendo a una cliente que lo había pedido expresamente y la señora tuvo que echar mano de otro cualquiera, eligiéndome en este caso a mí.

La clase la seguían ocho mujeres, por lo que Lady Úrsula decidió impartirla en lo que ella llamaba “el aula magna”, que era la gran sala con el patíbulo en su centro. En ese lugar precisamente me encontraba yo, de pie, con las manos a la espalda, completamente desnudo salvo por la capucha de cuero que me impedía ver nada y con un plug metido en el culo. Ella me lo había insertado ante las miradas pícaras e interesadas de las asistentes y había anunciado que lo llevaría durante toda la parte “teórica” de la exposición,

que estaba siendo una verdadera sesión magistral. Durante la misma, repasó muchas cuestiones técnicas.

-Es imprescindible que el sumiso esté bien dilatado. Se le puede poner un plug para que lo lleve todo el día. Si está realizando tareas domésticas o incluso si va a trabajar fuera, no tiene por qué no llevarlo. Primero se debe escoger uno pequeño, después otro mayor... ir aumentando el tamaño del plug para ir abriéndole bien.

Pero lo más interesante, sin duda, era cuando hablaba de cuestiones psicológicas:

-Follarse a un sumiso no es follarle el culo, es follarle la mente – explicaba sabiamente Lady Úrsula-. Lo dice Eusebio Poncela en la película *Martín Hache*: “hay que follarse a las mentes”. Y de eso es precisamente de lo que se trata. Con el strap, conseguimos llegar a lo más profundo de nuestro esclavo, pero no sólo a lo más profundo de sus entrañas, sino también a lo más profundo de su ser, de su persona. Y eso es lo que de verdad importa.

Los leves asentimientos sonoros de las aprendices indicaban su absoluta devoción hacia su mentora. Lógicamente, estaban de acuerdo con las interesantes afirmaciones de ésta y debían de sentir hasta cierta gratitud para con una mujer que compartía con ellas un punto de vista tan sugerente sobre las relaciones de dominación y sumisión.

Por mi parte, yo no podía estar más de acuerdo con cuanto oía y mi pasión por aquella mujer, el deseo de ser ese sumiso cuya mente ella se follaba era cada vez más fuerte.

-Pero ¿qué clase de placer podemos experimentar nosotras haciendo eso? –preguntó una de las discípulas.

-Bueno, hay quien dice que nosotras podemos experimentar un roce muy placentero al usar el arnés –respondió Lady Úrsula-, pero lo cierto es que yo no lo encuentro nada especial. Otra posibilidad es un arnés con doble consolador, cosa que yo nunca he probado, porque a mí no me interesa la sensación física. Como he dicho antes, nos estamos follando la mente del sumiso y, por lo tanto, lo lógico es que nosotras usemos también la mente. La sensación de poder, de dominio, es absoluta. Sólo eso ya supone una experiencia fascinante.

Después de más de una hora de clase teórica, llegó el momento de la práctica. El momento que, lógicamente, yo debía temer más. Lady Úrsula me hizo poner a cuatro patas de espaldas a sus discípulas, ofreciendo a éstas mi culo en pompa. Me quitó el plug y se pasó la hora siguiente introduciéndome todo tipo de artilugios. Principalmente se trataba de plugs y de consoladores, aunque también hecho mano de alguna zanahoria, de una cuchara metálica y de algunas cosas más.

Entre las cosas más curiosas, recuerdo un consolador de púas que resultó especialmente doloroso, por no mencionar los plugs de mayor tamaño, que parecía que fueran a partirme en dos cada vez que se abrían paso en mi interior. Yo lo aguantaba lo mejor que podía y, en esta ocasión, Lady Úrsula me ayudaba a conseguirlo, acariciándome suavemente con una mano mientras la otra forzaba mi esfínter con aquellos objetos, dándome un trato que nunca me daba en aquel tipo de situaciones.

Finalmente, llegó el turno del arnés consolador. La señora me arrancó la capucha de cuero y me puso el pene de plástico en la boca.

-Chúpalo como tú sabes, puta.

Yo la obedecí esforzándome al máximo, sabedor de que si la hacía quedar mal frente a sus alumnas tendría después que pagarlo muy caro. Cuando le pareció que ya me había rebajado suficiente de aquel modo, me ordenó darme la vuelta y ponerme de cara a la concurrencia.

-Ya veis que si le he quitado la capucha no es por lo guapo que es este perro –se burló ella, despertando una risotada general entre el resto de mujeres-. En parte ha sido porque quería que me hiciera una buena mamada, pero sobre todo ha sido para que le veáis la cara de perra salida que pondrá mientras me la follo.

Sus palabras me estimularon tanto que mi polla empezó a mostrar cierta actividad que me resultaría difícil de controlar si la situación seguía por esos derroteros. Sin embargo, pronto iba a descubrir algo que me cortarían la excitación y casi hasta la respiración.

Después de todo el rato que había pasado encapuchado, los ojos se me iban acostumbrando lentamente a la luz. Al principio, apenas podía distinguir las caras de las mujeres que participaban en la clase. Mientras, Lady Úrsula se había puesto ya detrás de mí y se preparaba para clavarme su falo. Lo hizo

lentamente, casi con dulzura, dejando que mi culo, dolorido y dilatado, fuera sintiendo centímetro a centímetro cómo entraba aquel nuevo invasor.

Fue entonces, cuando llegó al fondo de mí, cuando pude reconocer una de las caras que veía. Se trataba de Lucía, una antigua compañera de instituto. O por lo menos se le parecía mucho. Preferí pensar que no lo era, pero la verdad es que la semejanza era exagerada. Se la veía distinta, más mujer lógicamente, pero seguía teniendo ese bello rostro que tanto yo como mis compañeros habíamos perseguido y soñado durante años.

Pero de eso hacía ya mucho tiempo, demasiado como para que de verdad fuera a encontrármela en ese momento. Ella, por su parte, me miraba del mismo modo que el resto de aquellas mujeres. En cualquier caso, aun siendo Lucía, no parecía que me hubiera reconocido.

Lady Úrsula se olvidó de la delicadeza inicial y me cabalgó con furia, como una guerrera vikinga que volviera al hogar y destrozase al macho sumiso que la esperara en él. Yo sentía el consolador en el interior de mi cuerpo y su dominio en el interior de mi alma, tal y como ella lo había explicado.

En ese momento, me dejé ir. Tuve que cerrar los ojos y morderme el labio inferior. El placer era indescriptible. Incluso a pesar del dolor que sentía en mi culo roto. La mente se negaba a fijarse en él y priorizaba la entrega a esa mujer que tan bien me estaba follando.

Estaba en esa situación de práctico éxtasis cuando Lady Úrsula sacó su pene de mi interior y se dirigió de nuevo a sus discípulas.

-¿Qué os ha parecido su cara?

-Ha sido increíble –dijo una de ellas-, estaba pasándolo bien,

-Sí, se nota que le gustaba –apuntó otra.

-De eso se trata –les dijo la maestra-. Les gusta. Les gusta que les den por el culo, cosa que a la vez les jode porque piensan que es lo más bajo que pueden caer. Pero además les gusta porque se lo hace una mujer. Porque se lo hace su dueña. Y eso es lo máximo para ellos. ¿Alguna de vosotras quiere probarlo?

No hace falta decir que lo probaron todas. Una tras otra fueron calzándose distintos arneses de formas y tamaños variados y fueron follándome por turnos. Yo no puedo negar que lo pasé bien. Además, mientras

una me enculaba las demás se divertían diciéndome guarradas o separándome más las nalgas. Aquella situación tan humillante me ponía a cien.

Pero lo más degradante estaba aún por llegar. Fue cuando una de las mujeres que me follaba me preguntó mi nombre.

-Me llamo simplemente "el siervo", señora, es mi nombre de esclavo.

Entonces me agarró por los hombros, me levantó y acercó sus labios a mi oído.

-Pues yo te conocí con otro nombre. Aunque éste que llevas ahora es más adecuado. Qué feliz coincidencia. Me parece que va a dar mucho juego.

Terminó de follarme y, cuando se separó de mí, pude ver que era Lucía. Me sonrió burlona y comprendí que, efectivamente, me había reconocido. Esto me preocupó un poco, porque no quisiera por nada del mundo que mis secretas pasiones se hiciesen de dominio público. Pero no puedo negar que, por otro lado, resultaba excitante intuir que una belleza como Lucía escondía también su buena dosis de perversidad y, por lo que había dicho, iba a darle rienda suelta conmigo. Como ella bien había dicho, parecía que aquello iba a dar mucho juego.



<http://www.mercadosm.com>